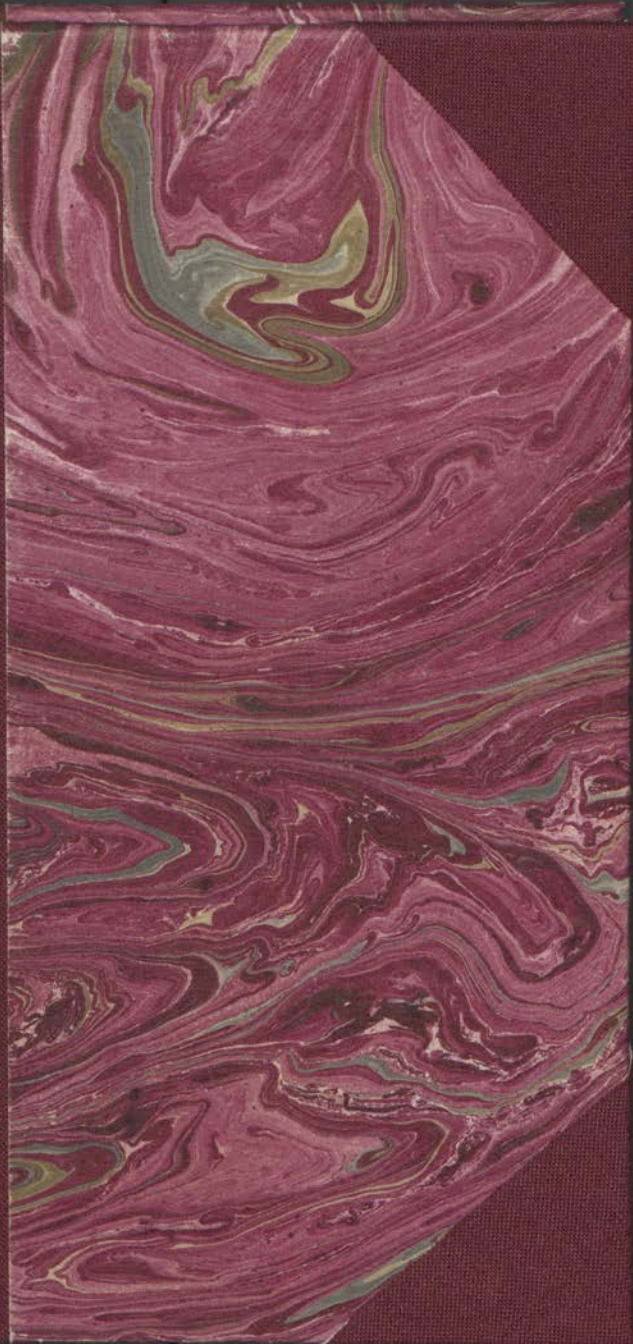






DUSTY



10000375780



Petronilo Vicente Vélez, Pbro.

375780

264.7(460)"19"

V 51 P

REALIDADES

ESTUDIO

RELIGIOSO, SOCIAL Y POLÍTICO

Con las licencias necesarias

1906

IMPRENTA MODERNA

Bruch, 63. — BARCELONA

325110



Santísimo Padre:

El humilde siervo que á Vuestros Pies se postra, tiene el honor de dedicar á Vuestra Santidad, su pobre estudio REALIDADES.

Estamos en los tiempos de las persecuciones. La Iglesia española sufre. Yo, el último de sus sacerdotes, lloro las desdichas de mi patria y salgo á la lid, en defensa suya contra los enemigos de Dios.

Novel cruzado suplico á Vuestra Santidad bendiga mi pequeña obra, principio de una incesante batalla á la perfidia de los réprobos.

Con el Syllabus ante mis ojos y en mi diestra REALIDADES, rindo al glorioso Pontificado de Vuestra Santidad este mi primer esfuerzo, alistándome como legionario en las milicias de la Fe. Dios ¡Santísimo Padre! os dispense su Divina asistencia para llevarnos al triunfo, y se digne aceptar el sacrificio de mi vida en la hora suprema del combate.

A Vuestros Pies, Santísimo Padre.

El Autor

A S. S. el Pontífice Pío X.



REALIDADES

*«Si la República te pidiera
tu propia hija, tu deber sería
sacrificársela. ¡Oye y calla!»*

(Paris y Londres en 1793).
CARLOS DICKENS

Ha llegado la oportunidad de hacer el proceso del liberalismo político en España. Abierta está la lid; nos llaman al combate y no diremos: *Ave Cesar, morituri te salutant*, sino: *Reddite Cesaris, Cesari*.

¿Dónde se halla el César? ¿Cuál es su poder? ¿Qué atribuciones las suyas?

Cuando el populacho francés asaltó las Tullerías, y los hedores de la sangre infeccionaron el trono de cien reyes, los verdugos, los asesinos, gritaban:—La República lo quiere; la patria nos lo pide. Y en nombre de la República y bajo el lema de la patria, la cuchilla de Guillot segaba miles y miles de cabezas. Aquello fué *libertad*, para los revolucionarios; *igualdad*, para asesinar á los enemigos de la revolución; *fraternidad*, entre los verdugos. Los tres sublimes principios de la sociedad humana, proclamados en Judea por Jesucristo, sir-

vieron de base entonces, y constituyen hoy el lábaro de la destrucción y de la muerte.

Sucedió en Francia lo que sucedido ha en todas las catástrofes sociales del mundo; tras de la hecatombe, la reacción. El pueblo del primer Bonaparte era el de Marat y Robespierre; Mirabeau y Lafayette no habían hecho otra cosa que contender con los revolucionarios de Camilo Desmoulins, los jacobinos y los de la Gironda. La guerra trajo á la plebe el recuerdo de sus antiguas glorias militares, y el primer cañonazo de Marengo acalló el último grito de la revolución francesa. Los derechos del hombre libre transformáronse en los espasmos de las victorias, y sobre las ruinas del poder real, entre el embrutecimiento de unos y las felonías de los otros, el primer cónsul de la República se coronó emperador allí mismo, en aquel alcázar donde años antes la turba enloquecida arrojara el cetro de Luis XVI á la hoguera. ¡Misterios de la historia! En un corto, cortísimo período, un monarca guillotinado y un emperador en todo el brillo de su poder. No de otra manera el pueblo de Bruto y Casio, homicida de César, rendíase á Octavio Augusto. Las muchedumbres obedecen á la ley de su capricho. ¿Quién vaticinara en los días del Terror que el pueblo de París había de ser el esclavo del corso Bonaparte? ¿Quién fía en la actitud de la plebe cuando ésta, desenfrenada, corre tras de su ídolo? Libertad hoy, tiranía más tarde, tal es el fin de todas las revoluciones improvisadas, que la ley de la fuerza es mudable, como mudables son los tiempos.

Yo veo en Lutero al enemigo de la Iglesia Católica. El Rebelde de Eisleben aprovechó la época, y la época le era propicia. Alemania aborrecía por igual al católico Carlos V y al poder de Roma, y el lascivo apóstata fué la ocasión, el instrumento. Yo veo también en la re-

volución francesa la ira contra el poder religioso. Los verdugos de Luis XVI son los continuadores de las huestes de Mauricio de Sajonia. Es que donde la rebelión cunde, el temor de Dios desaparece. Las doctrinas reformadoras de los filósofos franceses mal se compaginan con el dogma y la verdad; y al descender sobre ellas el anatema del Sumo Pontífice, engreíanse sus corifeos con las galas del cinismo. Chateaubriand supo dominar á sus enemigos, á sus adversarios, y aunque, no muy conformes sus obras con las ascéticas doctrinas, fuera de la severidad dogmática, es acaso el francés único que desgarró con su hermosa pluma las tinieblas de la impiedad, en aquellos días de infausta memoria. Victor Hugo crea el confuso espiritualismo de la razón humana libre, y así va formándose la escuela heterodoxa entre las galas de la literatura, los despatches de los pueblos idiotas y las aberraciones de Hegel y Kant, inicio de tantos y tantos desplantes modernos como acusan las teorías, espiritualistas unas, materializadas otras, que hoy asedian al catolicismo y atacan á la verdad ortodoxa.

El problema político no puede emanciparse del orden religioso. Religión y política forman, digámoslo así, el alma y el cuerpo de la vida social. Las necesidades corpóreas en el individuo *sirven* de medio á su fin último, cual es la perfección del alma. Vivamos bien para morir bien, tal es la norma de la vida. Así la sociedad constituye un organismo en el que se unen, de un lado, la religión que la espiritualiza; de otro, el modo de ser político que proporciona á los pueblos su existencia temporal. Cuando los pueblos olvidanse de su fin último y se duermen ó aletargan en el vicio, han de emanciparse seguramente del poder religioso, único que les cohibe y enfrena. Comparad la Roma de Diocleciano

con la Roma de San Pío V. La corrupción, la molicie, la lascivia dieron al traste con el poder de los Césares. Cuando Teodosio el Grande en el año 395 dividió su imperio entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio, ¿qué quedaba de la inmortal urbe? La esclavitud de las pasiones es la peor de todas las esclavitudes. Roma religiosa, regenera sus costumbres, moraliza el arte, y apagado el fuego en las aras de la idolatría, se enciende en los altares de la *Madonna* y en el pecho de los fervorosos cristianos. España en sus épocas de política cristiana fué la primera nación del mundo. La unidad política y católica la hizo grande. Fernando é Isabel; Carlos I y Felipe II; héroes en la fe cristiana y en sus hechos, dieron á Iberia la hegemonía universal en la ciencia, en el arte, en las letras y en las armas. Y mal conoce la historia quien tache de obscurantista á la España de estos inolvidables reyes, y de absoluto su gobierno. La libertad identificábase con la ley hasta el punto de que las Cortes españolas fueron tutela del poder de Carlos. Cuantos ingenios ornaban la época de las clases populares salían. Hernán Cortés y Cervantes, ¿no fueron humildísimas sus cunas? ¿No acudían á las aulas de Alcalá, de Cervera y Salamanca, los hijos de la plebe en consorcio íntimo con los nobles y poderosos? ¿Dícese que la teocracia era poder único de aquellos siglos? No, ciertamente. Quienes tal error afirman, desconocen que las tropas de Carlos entraron á saqueo en Roma con el Condestable de Borbón, y el Duque de Alba hizo prisionero á Paulo IV; que Fray Luis de León sufrió proceso inquisitorial, y el mismo príncipe Don Carlos era reducido á cautiverio por su propio padre Felipe II. Las virtudes cívicas merecían singular culto: observábanse las leyes, y los tercios españoles eran invencibles en el mundo. ¿De dónde vino, pues, la decadencia? La decadencia

se marca con la molicie de Felipe III, cuando las costumbres religiosas pierden su brillo, y los placeres y el lujo y la molicie se introducen en la Corte española. Muere la monarquía de los Austrias, y con Felipe V, invade á nuestro país la influencia francesa, que hasta el presente no nos ha dejado, trayéndonos su maléfico influjo.

Francia es para nosotros algo así como un vecino funesto. Aliados con ella, hemos sufrido los más grandes reveses. Enemigos suyos, supo infundirnos toda su lepra. No he conocido en la Francia de hace años, otra cosa que la perversidad y el desenfreno. Su grandeza es aparente. Enorme monstruo de cristal, un pequeño choque la destrozaría. Napoleón III creyóla fuerte, y su confianza le costó su trono. La República la cree hoy pujante, y constreñida entre los amaños de la Albión y las arrogancias del Kaiser, parécese á una cierva perseguida que huye de los cazadores y entre ellos se revuelve. Los acorazados franceses nos recuerdan á los de Villeneuve; los ejércitos suyos á los de Metz y Sedán. Comprimida en Asia; cohibida en África; desoída en América, faltábala deshacer su unidad religiosa para encerrarse más y más en un círculo de hierro. Francia es un país moribundo. Su comercio, su cosmopolitismo, su industria son las convulsiones de una enorme ballena que finé. *In statu quo* vivirá más ó menos; *in casu belli* su derrota era segura. La moral es allí desconocida, las virtudes perecen; el platonismo hipócrita la corroe. Su población disminuye, porque en el país de Zola, la podredumbre y el vicio matan á la fecundidad. El pueblo francés ha levantado un pedestal á su ídolo *Zolesco* y no le sigue en sus teorías de *pródiga naturaleza*. Risa me dan los desplantes filosóficos de allende los Pirineos. Ese no es un país de filósofos; es un foco de pútrido materialismo. Allí se adora á la *pitánza* (per-

donese la frase). Viven para gozar y gozan para vivir. París es el escándalo de Europa; la cuna del libertinaje. Dicen los galófilos que nuestros vecinos abundan en cortesía, que los derechos allí se respetan; que la vida va adelante y de riqueza, de bienestar y de trabajo se siente en Francia. Yo no rindo culto á esas impresiones. Sé positivamente que la molicie se sufre más que en ningún otro país; que la juventud se pervierte en continuas bacanales; que rotos los vínculos del espíritu, para el francés todo es bueno; que los vicios se fomentan á la sombra de las leyes; que los periódicos claman contra la despoblación temible; que el amor de la familia desaparece, y en suma, la actividad mercantil cubre los harapos de un pueblo agonizante. Francia en el concurso europeo ocupa un lugar crítico. El día de la conflagración, sus ejércitos no alcanzarán los laureles de las Pirámides y de Jena.

Y ¿qué de Combes y de Clemenceau? Admiro á muchos de los adversarios del dogma católico, como se admira la majestad del trueno. Satanás imprecando al Sol es la hermosa figura que Chateaubriand nos descubre en su *Genio del Cristianismo*. Yo admiro la fuerza de lo malo y la belleza de lo bueno. No me ofusca la pasión; al enemigo le busco en la lucha y le contemplo en su valor. Pues bien; no me citen á Voltaire en el palenque filosófico, porque Voltaire ignoraba hasta los principios de la más sencilla dialéctica. Decidme que las imágenes descritas por Victor Hugo en sus *Miserables*, arrancadas parecen al Olimpo griego y os daré acaso la razón. El mal con ser malo tiene y encierra formas vistosísimas. Mas en los tiempos contemporáneos, me repugna leer los encomios que la publicidad de los heterodoxos rinde á Combes. ¿Quién es ese atleta de la Francia republicana? ¿Cuál es su mérito? ¿Que ha pre-

sentado batalla á lo que el vulgo ignorante da hoy en llamar *clericalismo*? ¿Que ha introducido la lucha religiosa en su nación? ¿Dónde su valía? Nada debe á la Sorbona de París. Combes es un político ridículo. Es el Mac-Mahón de la cátedra francesa. Incapaz de medir sus armas con el último discípulo de la escuela escolástica, se hace cual otro Marat, ídolo de las multitudes, y sirve de dócil instrumento á la trama masónica que le rodea. Combes es un pedante. Los mayores sectarios suyos le conceden la condición de *torpedo* preparado por la mina revolucionaria para destruir la clerecía francesa. Clemenceau es el político filántropo, el demagogo que busca en las masas obreras una popularidad no posible en los ateneos ni en las academias. Combes y Clemenceau aparecen ante el mundo europeo como dos arlequines tan desprovistos de seriedad, que frente á sus manejos el Kaiser sonríe. Inglaterra aguarda y los enemigos de la República se regocijan.

Ellos han sido los heraldos de la Francia heterodoxa que á los ortodoxos piden sacrifiquen á la República su hija queridísima, la Iglesia. Y lo piden con el despotismo propio de sus perversos amañes, en nombre de esa misma república que proclamó en sus leyes la igualdad de todos los derechos. El hombre, el ciudadano libre, no puede ser clérigo ni clerical; donde aparece la sotana odio á muerte. Zola entendió á ese pueblo republicano. Hombre de obscuras ideas que supo realzarlas con un estilo literario *sui generis*, comprendió que el lenguaje más acepto á los franceses demócratas era el de la carne, y de carne les hablaba, escitando sus pasiones, rindiendo depravado culto á la desmandada naturaleza en busca de incesantes himeneos, de espasmos sin fin. La bestia humana halló á su cantor y Zola transforma la literatura en bacanal inmundo donde hieden los

miasmas. ¿Qué doctrinas son las tuyas? Avergüenza el discutirlo... Somos algo más que la materia. El fin del hombre es seguro. Yo rindo á la memoria de los muertos el culto de los que viven. Si al venir á esa vida miserable, fuéramos esclavos de la naturaleza que nos sirve de medio y nunca como fin, padeceríamos la insaciable sed de los que aman únicamente al mundo físico. Hay un más allá. La rotura de una arteria, un solo segundo nos conduce á la inmensidad de lo desconocido, y las inseguridades de la existencia humana son la mejor prueba de nuestro fin último. El mismo autor de *Fecundidad* muere víctima de la ocasión, de un accidente; del gas que le asfixia, acaso mientras su mente soñaba nuevas producciones. Somos náufragos de la vida y el hombre es muy hermoso, sublime su organismo, único su intelecto, preclaras sus facultades para que así termine su tránsito por el mundo sin que el orden de la creación haya omitido definirle cuál es su finalidad postrera. ¡Ay del guerrero en el campo de batalla si ante la muerte no confía en lo sobrenatural! El valor del soldado lo hace la religión. Jamás las huestes de Mahoma, de Omar y de Saladino hubiesen atravesado los desiertos sin la esperanza en otra vida. Nunca la religión ha dejado de ser alcázar de la gloria. Juliano el apóstata muere arrojando su sangre á los espacios y diciendo: —*Venciste, Galileo.*— Napoleón en Santa Elena maldecía sus divorcios religiosos, y el fantasma de su tristeza adquiría la sublime figura de Pío VII. La legión Tebea en Roma era la vanguardia del imperio. Los héroes de Sagunto y Numancia libaban el amor á los dioses, únicos de quienes les habían hablado. Los invencibles de las Navas del Salado, de Otumba, de Lepanto, de Gravelinas, San Quintín, Bailén, Zaragoza y Gerona, ¿qué fueron? Creyentes fervorosos, hombres

devotos de Dios. ¿Qué significa, filósofos y políticos del siglo xx, qué significa esa bandera que el soldado marca con el ósculo en el solemne instante de la jura? ¿Qué ese trozo de ropa que el viento agita, sudario hermoso de los que en su derredor mueren? No es la sola idea de la patria, no; es algo más, es incienso que embriaga al alma, es éter purísimo que se filtra en las venas del guerrero; es el signo del *más allá*, de lo sobrenatural, de lo que anima al hombre, de lo que le analtece, es... ¡la religión! Y si nos quitáis la religión, pelcaríamos como bestias y moriríamos como perros, tal fuera nuestro fin. Aquel héroe desconocido que escala la trinchera en busca de la laureada cruz ¿quién es? La sangre enciende sus ojos. ¡Viva España! grita, y, jadeando de gloria, clava el lábaro patrio en el muro de los enemigos, mientras que su convulsa mano busca sobre su pecho la insignia de María Carmelitana que su cristiana madre le puso... ¡Hermoso amuleto en los campos del combate!

¿Es acaso más sabio Zola en Lourdes que Colón en los mares? El novelista francés no percibe otra fragancia que la de sus estudios fisiológicos. El marino genovés surca en bajeles de madera las ignotas ondas del Atlántico, fijo en Dios y en sus destinos, y la fe le enardece, y con fe lucha, y lleno de fe descubre un nuevo mundo á la humanidad atónita. Ante mis ojos, leo *La Debacle* de Zola y el inmortal Testamento de Colón. El uno muere como ha vivido. El redentor de Dreyfus hasta en su postrer instante se caracteriza. El otro rinde al Señor su existencia, sonriente, tranquilo, justo. —*Señor —dice— en tus manos encomiendo mi espíritu*, y muere como genio quien como genio vivió. Tal es la religión y tales sus productos. ¡Cuán hermoso es el creer en Dios y en su Santa Iglesia!

II

— ¡Demos hablo de Francia. Maldigamos su mentido liberalismo, porque ya lo sabéis:—*Si la República te pidiera tu propia hija, tu deber sería sacrificársela. ¡Oye y calla!*—Esta es la máxima de la República francesa.

¡Lourdes! ¡La Salette! ¡Fourvieres! ¡Hija predilecta de la Iglesia Católica! ¿A dónde vas?—Sí; hija predilecta, como lo es para una madre querida y amante la hija descarriada. Nación grande con la fe de tus mayores.—¿Quo vadis?

Pío X te contempla. Ese espiritual Pontífice que al dejar las venecianas lagunas, recibe de ti el dardo de tu rebeldía, llora de pesar como lloró Cristo en la callada noche por su amada Jerusalén. ¿Qué le importa el Calvario si lo que quiere es tu bien?—El Sol de Santo Tomás te abrasa con sus fulgores y al mortecino resplandor de tu fe perdida, leo: ¡Ay de ti! la destrucción de la Francia.

Sí, la leo, porque tus escritores heterodoxos niegan las apariciones de Lourdes, pero Enrique Laserre las testifica en lo natural, y en lo sobrenatural tienen la aprobación de Roma. Enrique Laserre recobró su vista ante miles de espectadores y con él han hallado allí la salud millares y millares de enfermos. Si la fe por sí sola tales prodigios obrase, diríamos con razón que solamente donde la influencia divina se adora, ocurren estos hechos maravillosos. Negar las apariciones de Lourdes constituye un sistema masónico. Lo evidente tiene sus leyes y el manantial de la Inmaculada las reúne por completo. Lourdes es cosmopolita; allí la ciencia, el arte, las letras, sabios de todo el mundo, es

agrupan para rendir á la Madre de Dios el hermoso culto católico.

Y en Lourdes, constan predicciones graves para la humanidad pecadora. Y en la Salette se anuncian. Y en Fourvieres continúan. Y Francia se divorcia del Vaticano. ¿Será esa pobre nación donde comiencen sucesos apocalípticos? Porque los días de la suprema lucha se hallan próximos y la Nave de Pedro se apresta á sufrir la tempestad que en lo porvenir se cierne.

III

¿Sabéis, lectores queridos, lo que es, lo que significa la palabra liberalismo?—Yo lo ignoro. Pregunto á los maestros de Grecia y Roma y la desconocen. En Asia no se cita. Ni el sanscrito, ni el caldeo, hebreo, ni el idioma de la culta Atenas dan origen á la frase *liberal*. El *demos* ateniense, prototipo de democracia, admite el concepto de libertad, no el de liberalismo—¿Qué ha de entenderse por liberalismo, pues?

Creo que *libertad* es el ejercicio de cuántos derechos tiene el hombre. Mas como estos derechos han de definirse, diremos que precisan la existencia de una ley reguladora. El hombre tiene derechos naturales, ingénitos á su modo de ser, á su condición; y derechos civiles en su calidad de sociable, de ciudadano, de miembro perteneciente á la humanidad. De aquí la definición de la ley, que ningún filósofo ni jurista la da tan clara, tan completa como Santo Tomás de Aquino. *Ordinatio rationis ad bonum commune, ab eo qui curam habet communitatis promulgata*. Porque la razón es la norma del derecho, y el hombre no puede nunca perturbar los derechos de sus semejantes. La libertad del hombre tiene su límite en la acción de los demás seres humanos. El

hombre autónomo no ha existido jamás. Hasta el salvaje obedece á las leyes naturales y en el orden civil á las de su tribu.

Toda sociedad lleva consigo sus leyes. Allí donde aparece agrupada la especie humana, se han encontrado aquellas. La libertad es verdadera cuando la ley es justa, y aceptando la neológica frase *liberalismo* diremos que puede considerarse como la suma de libertades no cohibidas por leyes injustas. Es la única explicación natural de esta palabra.

Deshacer las leyes naturales en el sistema planetario sería imposible. Yo reto á la ciencia toda para que deshaga la ley de la gravedad. Lo mismo digo respecto á las civiles. Los anarquistas que claman contra toda ley, ellos mismos rinden acatamiento á la de su escuela, porque la ley de la autonomía individual también es ley. Decidme si las sociedades de esos ilusos y malvados no se rigen por reglamentos. Y si los tienen ¿dónde está, pues, la íntegra autonomía del hombre?

El liberalismo no constituye ciencia; no es palabra científica; no es una idea lógica. Esa frase no tiene sentido legal ni filosófico, es una utopía, es una aberración.

¿Queréis que defina el liberalismo, y lo defina sin temor á errores? Pues el liberalismo, tal y como se considera, es el *abuso de las libertades humanas*, la abolición de toda ley civil, la negación de todo derecho, la autonomía del deber, la *destrucción del orden social*, en pocas palabras sea dicho. Y pese á quien pese, mi definición es cierta.

Con razón dijo Sardá y Salvany—*El liberalismo es pecado*.

¿Dónde ha nacido esa extraña idea? En Francia. Rusia no la conocía. Inglaterra no la ha proclamado en sus cátedras; menos Alemania. No pidáis al centro de Eu-

ropa el origen suyo. El liberalismo nació en Francia.

No son iguales la palabra *liberal* y la idea *liberalismo*. La libertad política es el gobierno del pueblo por el pueblo; es la soberanía nacional. Al decaer los poderes absolutos, realmente tales, los derechos del hombre libre y del ciudadano merecían los honores de la discusión. Mas ¿qué se entiende por hombre libre? ¿Qué por ciudadano? Una de dos; ó el hombre es libre en el sentido total de la palabra, ó se sujeta á leyes que en todo caso coarten su libertad. Si su libertad es absoluta, tenemos la anarquía; si es restringida, no es libre. Si las leyes las dicta el pueblo, siempre hace falta un poder legislador. Al pueblo no le pertenece más que el voto. Y emanen de ese poder legislador ó nazcan en el absoluto de un rey, de un soberano, el principio de autoridad existe y el hombre libre ha de supeditar su acción, su modo de ser, sus costumbres á la ley establecida. De aquí el *dura est lex, sed lex* de la cátedra romana.

¿Qué mayor libertad que en Grecia y en la Roma republicana? Ahí tenéis los comicios, la expresión más cierta de las libertades políticas. Después de la hecatombe francesa; transcurrido el siglo XIX, en pleno siglo XX, cuando la ciencia aspira á su límite postrero; cuando los demagogos bullen, las multitudes se revuelven, el socialismo escala las esferas del poder, y la tribuna y la academia y el ateneo hunden en el olvido las memorias del pasado, fuerza es decir que las democracias antiguas eran modelo de instituciones gubernamentales, y las modernas ni para hacer su parodia sirven. ¿Cómo los Parlamentos de hoy pueden compararse con el *Areópago* ateniense donde la sabiduría y el amor á la patria dictaron leyes á la reina del Oriente? ¿Cómo con el Senado de Roma? Cicerón increpando á Catalina; Aristides ante Demóstenes, Cayo y Graco... ¡Aque-

Las asambleas eran democráticas! No esas Cortes en las que pululan los falsos adalides de las libertades políticas.

Pues, sí; el liberalismo no significa la descentralización del poder sino la rebelión contra todos los poderes. Asumase como forma de gobierno, y el gobierno siempre ha de ser el represor de las libertades. Nada más absoluto que un poder revolucionario. Todo lo sacrifica; lo arrastra todo cual el torrente sin cauce. Comparecían los acusados ante los tribunales del Terror en París y no eran oídos. No hay déspota tan temible como el mismo pueblo. A mayor democracia, más seguro despotismo, porque la democracia mal entendida es el peor de los tiranos.

¿Queréis estudiar una democracia verdadera?—¿Dónde?—En la Iglesia católica. Jesucristo proclamó los tres grandes principios del *demos* universal. ¿Qué principios fueron estos? Libertad, igualdad y fraternidad. *Libertad*, porque la ley cristiana prohíbe la tiranía, los desmanes del poder público, el abuso de los gobiernos. *Igualdad*, pues ante Dios y ante la sociedad cristiana todos somos iguales. *Fraternidad*, ya que hermanos deben considerarse todos los hombres, hijos de un mismo Dios que ha creado la especie humana.

La constitución orgánica de la Iglesia católica es admirable. Desde la elección del Soberano Pontífice hasta el humilde sacerdocio, entran por igual en la jerarquía eclesiástica el rico y el pobre, el poderoso y el necesitado. El Papa se humilla ante el sacerdote que representa á Dios en el Sacramento de la penitencia; el cardenal ante el Papa; el arzobispo y el obispo deben su sumisión á Roma; al obispo el párroco, y el sublime engranaje funciona lo mismo hoy que en las primeras épocas y lo mismo ha de ser hasta que los siglos terminen.

Ni un solo precepto de la Iglesia contradice los tres principios mencionados. La caridad cristiana no distingue clases; marca la frente del cristiano la ceniza de su ser en el alcázar y en la choza. Al pasar los umbrales del templo, los tesoros del mundo se envilecen y las virtudes del alma se subliman.

IV

Pero, ese maldito *liberalismo* que odia á la religión cristiana ¿por qué lleva escrita la palabra *libertad* en sus programas? No hay esclavitud más odiosa que la de esa infame política. Las constituciones liberales modernas, son un cúmulo de despóticas leyes. Hoy puede hacer un ministro lo que en sus tiempos el Cesar lo tenía vedado. La historia me dice que las cortes de Aragón se imponían á sus reyes. Carlos I demandaba subsidios para su viaje al imperio alemán, y los Procuradores contestábanle que no los cedían. Luis XIV era esclavo de sus cortesanos. Pues hoy, cualquier real decreto se impone con las armas en la mano, y la autoridad reside no en los reyes, no en los presidentes de las repúblicas, y sí en los ministros que les rodean. ¡Y que el monarca ó el jefe se opongan! Crisis al canto. O la voluntad de los gobernantes liberales predomina, ó abjuran de su poder. Y no se diga que el pueblo gobierna, porque los reales decretos ó los decretos de la República no salen de los comicios ni de las Cortes en su inmenso número; se crean en la alta burocracia.

Clemenceau acaba de promulgar en la república francesa un decreto negando la nacionalidad á todo ciudadano que ante *influencias exteriores*, no obedezca las leyes culturales... ¡Bonita libertad!

Causa vértigo el asomarse al abismo de las iniquida-

des que hoy se ven. Preferible fuera volver á los tiempos de Diocleciano. La lucha hipócrita de los días actuales es la peor de todas las luchas.

¿Y cómo ha entrado el liberalismo en España?

¡Queridos lectores queridos! Cuando hablo de allende los Pirineos, menos mal; estudio y doy mi pobre opinión. Mas al tratar de España, sufro. Imposible parece que la *Señora de dos mundos* en los tiempos de ayer, sea hoy el ludibrio de la civilización europea. Hoy son nuestros tutores los que antes fueron nuestros pupilos. ¡Pobre España!

Era el atardecer de un día que la historia señaló con letras de fuego. En el Congreso de los Diputados discutíase mucho, y la elocuencia de los oradores derramaba sus raudales de oro sobre los repletos escaños y las tribunas. Alboreaba la revolución de Septiembre, y los conspiradores bullían. En aquella memorable tarde, Olózaga dijo al Parlamento. «*Dios salve al país; Dios salve á la reina*». Poco después Isabel II perdió la corona arrancada de sus sienes por los mismos que tiempos antes dábanla calor y vida. Serrano en Alcolea fué el prototipo de la política española bajo la égida del liberalismo.

Diffícil es hacer el proceso histórico de la España liberal en el siglo XIX, y la dificultad estriba en no ser posible compendiarlo. Llenaría este estudio crítico miles de folios.

En primer lugar, la casa de Borbón trajo á la Península la influencia de Francia, que ni un solo instante hemos dejado de sentir. Felipe V no podía emanciparse de su ilustre abuelo Luis XIV. Fernando VI inició la regeneración española, mas la muerte impidióle conseguirla. Carlos III es el monarca que protege á las instituciones masónicas, y por primera vez, la lucha hetero-

doxa nos agita bajo el cetro de aquel rey influido por las ideas políticas de sus ministros, hasta llevarnos al pacto de familia ya en la senda de su unión á Francia. Carlos IV es el rey idiota que deshace con sus torpezas los restos de la hegemonía hispana, y Fernando VII creó aquel pueblo de chisperos y manolos, de frivolidades y feminismos, cuya muerte decretara Napoleón I.

La política francesa llevó á Bayona á Fernando VII. España conservaba aún aquel algo de fiereza que ha demostrado siempre en sus grandes cataclismos, y el 2 de Mayo, Bailén, Zaragoza, Gerona, Arapiles, San Marcial, Albuera, trofeos nuestros son, pero victorias que lucen en los anales de España como débiles destellos de una luz que se extingue.

Y así como bajo el poder de los Austrias, España era el foco luminoso del mundo, y el mundo de nosotros tomó ejemplo, durante la monarquía borbónica, es España la que sigue á las naciones europeas. Decidme si el teatro de Lope y de Calderón no ha sido estímulo de las letras en Inglaterra y en Francia. Decidme en las artes ¿quienes no aprendían de los maestros españoles? Decidme en las ciencias, cuando á las aulas de Salamanca, de Alcalá y de Cervera acudían los jóvenes de Europa toda. Tanto es así, que al caer vencidos los tercios españoles en Rocroy y deshacerse nuestra supremacía militar, aun nuestros sabios, nuestros artistas, nuestros poetas, eran, sí, la admiración del mundo.

Gran defecto fué de la España borbónica buscar en los demás pueblos lo que nosotros de sobra teníamos. Las costumbres se hicieron francesas; de Francia se imitaba todo, el vestir, la vida, el gobierno. Y así no se extrañe que al rodar en París la cabeza de Luis XVI, el simoun de los revolucionarios penetrase en España como lepra asquerosa, y se crearon asociaciones secre-

tas; perdiéronse respetos religiosos; nos hundimos en Trafalgar, y si en la lucha titánica contra Napoleón, héroes al fin algunos, recordáronse los épicos laureles de Pavia y San Quintín, otros españoles promulgaban la constitución del año 1812, primer chispazo de las erróneas libertades patrias. En peligro el trono de Fernando VII, vienen cien mil franceses á restaurarlo y sostener su débil corona. Y al morir ese desdichado rey, las intrigas, las cábalas palaciegas son el ludibrio de la Europa, que antes con distinción y respeto nos miraba.

Así empezó en España el liberalismo. Abrese entonces una época de inestabilidad política, de sublevaciones, de guerras, de desórden. Los gobiernos sucédense con rapidez infecunda. Y de mal en peor, con apuros incesantes, rota nuestra armada, débil el ejército, el poderío colonial decadente, el estado económico ridículo, hemos venido hasta nuestros días no sin pasar por un destronamiento, por una monarquía efímera de la Casa de Saboya; por una república vergozosa, por una restauración obligada; por una regencia cuyos ministros han dado al traste con nuestras últimas colonias, y hoy por un desplante liberal que nos conduce á los terrores del anarquismo y á los peligros de las revoluciones sociales. ¿Qué mucho si repetimos las palabras de Olózaga. ¡Dios salve al país! ¡Dios salve á la monarquía! ?...

El proletariado en España ha crecido á la sombra de esas leyes, de esas constituciones nacidas en el desfreno político. Los socialistas constituyen asambleas, casinos, círculos de todas clases y hasta cátedras. El anarquista vive con disposiciones represoras allí donde amenaza el terror en los lindes del crimen, y, por otra parte organiza reuniones, tiene periódicos; ser ácrata no es punible, y se forma un caos de libertades que

crecen cada día y anuncian nuestra tristísima decadencia.

¿Decadencia, he dicho? Si, decadencia. Años hace el liberalismo no traspasaba en este país los límites de su política. Hoy forma cátedra en las cuestiones sociales y cuanto más tiende al abuso, el pueblo ignorante, ilusionado por los especuladores de la cosa pública, cree ver en lontananza, en lo porvenir, su felicidad y su progreso, emancipándose del principio de autoridad. Los gobiernos carecen de programas verdaderamente tales; su estabilidad es un mito; las leyes no se respetan, y así puede muy bien decirse que bienandanza nos espera, lectores míos.

¿Qué queréis pedir, gobiernos liberales, á los anarquistas? ¿Que respeten el orden constituido, la vida de los ciudadanos, que no quebranten las leyes? ¿No les disteis razón de ser con vuestra política? Si en el círculo ácrata, se ordena la destrucción y la muerte, debiérais empezar por excluir de la ley á ese círculo, que donde la siembra se hace, más ó menos fruto se recoge. Si permitís la prensa ácrata, en la que á diario se lastima el honor de las gentes; donde lo indecible se dice y el delito se pregona ¿qué pedís á esos malvados ilusos? ¿Objetaréis que en países liberales como Inglaterra se permite la libertad del pensamiento y la libre emisión de las doctrinas? Quien tal afirme, desconoce el carácter del pueblo inglés. Allí el anarquista vive conservando sus convicciones, pero ni en el círculo ni en el periódico se atenta contra el gobierno británico ni se escribe lo que en esos periódicos infames de España de continuo leemos. Esa libertad desmedida es un plantel del crimen.

Y vamos á la cuestión religiosa. Castelar, el tribuno ilusionado, el poeta de la democracia discutía, sí, en el

Parlamento la libertad de cultos. ¡Qué frases las suyas! ¡Rio de oro, desbordado, que arrastró entre sus arenas al pueblo de su época enloquecido por falsos ideales! Castelar fundó la democracia popular y, como siempre sucede, los primeros dardos de su brillante oratoria fueron dirigidos contra el dogma católico. Comparaba aquel tribuno al Estado con una enorme ballena que tiene en sus entrañas muchas panillas de aceite sin contener un átomo de sentimiento religioso. Condenaba las doctrinas de la Iglesia que, según frases suyas, había corroído con la inquisición hasta la médula de nuestros huesos. Cantaba las grandes aptitudes de Servet, de Savonarola, de los reformistas alemanes, y en brillantísimos períodos, el autor de Filippo Lipi; deslumbraba con la hermosa concepción de sus imágenes. Castelar era el ídolo del *demos*: el hombre soñador que había traído de Italia el arte, de Francia el entusiasmo, del Oriente el cisma, del Occidente las primeras maravillas de la joven América. Castelar en Roma vió á la sublimidad del culto católico y lo declaraba incompatible con los derechos del ciudadano. Castelar quería emancipadas á las conciencias y, en cambio, la suya gimió siempre bajo la esclavitud de su loca fantasía. Castelar era un astro oculto entre la niebla, entre las sombras de mil extrañísimos ideales, sin órbita fija, sin rumbo, que trajo á España la rica miel de sus concepciones artísticas, para perderla en los engañosos elogios de las muchedumbres, y supo aprovechar los momentos de la revolución española arrojando el lodo y la podre á los destronados reyes. Era necesario destruir la unidad religiosa; divorciar la religión del Estado, y en las Cortes Constituyentes convertíase en el adalid de la libertad de cultos. El pueblo español, inclinado por su especial idiosincrasia á lo nuevo, á lo desconocido, adoró á Castelar hasta encumbrarle

llevándolo al Olimpo del poder. Era inútil que Manterola triturase con su dialéctica al famoso tribuno. Inútil que Monescillo llevase al Parlamento la voz de Dios. El sacrificio había de consumarse. Y como Focio en Constantinopla, como Lutero en Alemania, como Enrique VIII en Albión; como Savonarola en Italia; como Zuinglio y Calvino en Francia y Suiza, así Castelar era el Lucifer de la plebe que le brinda el fruto envenenado para con él destruir el amor á Dios. ¡Hermosa tarde aquella en la que el gran Manterola decía á Castelar y al Congreso todo, el por qué la Revolución de Francia mereció el anatema del Pontífice romano! ¿Qué opináis de un país, exclamaba aquel ilustre canónigo, donde fué menester que en pleno parlamento Robespierre propusiera que se admitiese la existencia de Dios y la inmortalidad del alma?

A mí, lectores queridos, me gusta el combate leal y franco. A mí el estudio de la Asamblea Constituyente, en aquel entonces, me entusiasma. Los discursos de Monescillo y Manterola me enardecen. Los de Castelar me contristan. ¿Sabéis por qué me contristan? Voy á deciroslo. Castelar llegó á ser el ídolo del pueblo revolucionario, y al constituir su dictadura entre el clamor de unos y el espanto de los otros, Castelar hundióse con el estruendo de las grandes catástrofes. Abolió las quintas, los consumos; abrió los graneros del liberalismo á la plebe entusiasmada, y cuando sudoroso, jadeante bajo el poder, el infeliz tribuno vióse frente á la guerra, tan lleno de aplausos como desprovisto de recursos; cuando despertó á la realidad de las cosas, y vino tras del día la noche, y los apuros, y los terribles embates de la insidia y de sus mismos corifeos, Castelar vió que la enorme ballena del Estado, si para él no tenía un átomo de sentimiento religioso, tampoco de aceite; habíanse gastado y

mal invertido las panillas del monstruo, y de buenas á primeras, todos recordaréis, lectores míos, la que el vulgo ha dado en decir *la quinta de Castelar*; volvieron los consumos; recargáronse las contribuciones; y el llanto de las madres infelices y de los padres hambrientos, aquellos soldados niños, víctimas destinadas al *matadero*, como se cantaba por las calles, aquellas carestías, aquella *debacle*, por último, tal fué el éxito de Castelar y de su maldita democracia. Ciertó que se decretó la emancipación de las conciencias, la libertad de cultos, pero más cierto aún que quedó firmada la ruina de este hermosísimo país, digno de mejor suerte. Castelar, el soberbio adalid de las libertades impasibles, volvióse á su gabinete para continuar soñando con las ninfas de la Grecia, con las sacerdotistas de Homero y de Roma, para dar su pluma al arte y su voz al viento, y siguió cantando sus himnos á la democracia, mientras los polluelos de su cría sentaban en el trono al joven hijo de aquella hermosa reina á quien vilipendiaron poco antes llamándola *último vástago de la raza de los Borbones*.

Al sentir el elocuente tribuno el peso de sus años, de sus amarguras, y ya en el ostracismo de su política, fue-se á su gabinete otra vez á soñar. Ya no era el terrible iluso de las Constituyentes. Como el tilo, las ramas de su genio humillábanse hacia tierra. Lefanse sus artículos como se leen las estrofas de Homero. El autor de la democracia moría como Juliano el apóstata, vencido y roto. Llamó al arte, y el arte le dió sus galas; llamó á la ciencia, y la ciencia no le quiso. Artista siempre, buscó su tumba en la floridez de San Pedro del Pinatar, y volvió sus miradas á Cristo, á la Iglesia Católica, á los recuerdos de su cristiana madre; maldijo sus juveniles arrebatos y ¡quién sabe si Dios tiene acogida en su seno aquella alma perturbada! Los últimos discursos de Cas-

telar son retractaciones de sus primeras y pasadas diatribas. Hoy la muerte guarda aquella tumba donde se encierra la podre del tribuno. Si un cántico quiere entonar á su memoria la España liberalizada, ninguno como el Miserere.

Os he bosquejado la democracia de Castelar, porque Castelar, lectores queridos, fué quién dió la más hermosa pincelada al cuadro del liberalismo. La imagen resultó bella, como bella es la del apolo de Fidias, mas al fin y á la postre, imagen quedó para nunca convertirse en otra cosa.

¿Hemos terminado este estudio? ¿Hay bastante ya para la crítica del famoso liberalismo español? No lectores; no. Es hora de hablar claro, clarito, duela al que fuere, que si la pluma de un humilde sacerdote ¡pobre pluma! en este examen se arriesga, no pueden trabas contra mi empeño, y adelante he de seguir hasta ultimar la disección de las farsas liberales.

Y vamos con Don Antonio Cánovas del Castillo. No quiero tratar de Ríos Rosas, ni de Olózaga, ni de Serrano. Escribo un resumen y á su concisión me debo. Mas, en el campo del liberalismo español, dos figuras marcan su relieve. Castelar, el fogoso adalid. Cánovas, el hombre sesudo de palabras medidas y de actos estudiados. Aquél, fecundo en el decir; éste, más fecundo en el pensar. El primero muere sin dejarnos otra estela que su inimitable oratoria. El segundo fine con los honores del estadista. Don Emilio sucumbe en medio de la poesía que le dió carácter. Don Antonio bajo el plomo de un asesino.

¿Quién era Cánovas? ¿Cuál su genio? ¿Qué aptitudes las suyas? Cánovas dió cátedra al liberalismo. Entre las doctrinas de Dios y las malas artes del demonio, vivió ese hombre, engañando á la sociedad civil que le rendía

toda suerte de honores. No le comparéis á Gladstone: menos á Bismarck. Cánovas fué un político mediocre, un estadista mediano. Su principal enemigo eran las doctrinas radicales, porque asistíale suspicacia suficiente para no dar su brazo á las masas. Circunspecto hasta los últimos límites de la prudencia, tuvo más tacto que otros prohombres de la política española. Hizose obedecer de los suyos y se rodeó de quienes le convenían. La máxima suya fué la del *statu quo*; sostener al liberalismo é impedir los peligrosos avances. Nada le debe España. Hizo por el país lo que por él mismo; no comprometerle ni comprometerse. Acaso hubiera prevenido la guerra colonial. Para suerte suya, murió antes de tamaña vergüenza.

Organizó la gente de su gobierno, y Don Antonio era el indispensable contendedor en la cosa pública con Sagasta, su antagonista.

¿Y en las cuestiones religiosas? Un *pastelero* más, valga la frase. Don Antonio Cánovas tuvo de católico lo que yo de luterano. La masonería debióle su mayor triunfo, que fué el disfrazar al liberalismo conservador con el ropaje de ortodoxo. Cánovas era como un paréntesis de la gentecilla liberal. Su habilidad consistió en no hacer nada, ganar tiempo y mantener intangible la monarquía de la Restauración. Cánovas era un egoísta.

Si la ley de las proporciones constituye un principio matemático, siguiendo la doctrina liberal, diremos que á mayor liberalismo mayor pujanza. Así lo afirman esos sectarios de la política. La incógnita de una ecuación es la que conviene resolver. La incógnita de las ciencias políticas es el progreso del Estado. Y, francamente, España ha ido de mal en peor hace ya poco menos de una centuria. Cánovas fué una ecuación sin incógnita, porque de sobra constábale que nunca podría resolverse ese

término ignorado de la Algebra liberal. Yo pregunto á los admiradores de Cánovas. ¿Qué hizo de bueno Don Antonio? Estudiar literatura; lucir sus hermosas facultades oratorias rodeado de gente católica á su modo, en paz con el Vaticano; en amistad con la Prelacia, rindiendo culto á Dios en las públicas ceremonias, y queriendo dogmatizar los principios de la Constitución de 1876, resultame hasta ridículo. En derredor suyo militaron los católicos liberales, y no hay enemigo peor que el de la casa propia. Menéndez Pelayo pudo muy bien incluir entre los heterodoxos españoles á esos corifeos de la libertad, pobres, mezquinos, que bajan del Gólgota para escalar la torre de Babel. Cánovas ante Europa era el paladín de una dinastía restaurada, cobijado á la sombra del árbol de Sagunto. Para él vivió. Si el mérito consiste en la personal fortuna, el estadista supo vivir y trocar los harapos de sus lares por el oropel de las humanas grandezas.

Así murió ese hombre, dejando sin testar á una comunión política que hoy se deshace en pedazos como una nave rota, pese á Maura, liberal conservador por sorpresa, oriundo de más fuertes radicalismos, y caudillo arrogante que arroja sus mesnadas al Congreso para entretener al país con el continuo sainete de la política de los suyos.

Recuerdo que Alfonso XII fué á Alemania donde tuvo la feliz idea de vestir el atávico uniforme de *coronel de hulanos*. Recuerdo que pasó la Alsacia del mismo modo, y los franceses dieron al joven Alfonso una *silba* horrible, por no darle un testarazo. ¡El Rey de España, coronel de hulanos en París! El capitán general, Don Ramón Blanco, compartió con el monarca los honores del *recibimiento*. Y, decidme, lectores, decidme. ¿Qué talento el de Cánovas entonces?... ¡Qué habilidad la suya! ¡Ho-

nor y prezo á la diplomacia española que hace á un Rey, juguete de las miras y de los insultos y de los desplantes de Alemania! ¡Esto era en los días de Cánovas!

Y terminemos el estudio político del estadista de Málaga, del gran Don Antonio, cuya memoria no merece tan siquiera rebasar los límites del más ligero examen biográfico. Un liberal que supo vivir. Sus propios actos le juzgan.

Tal vez parecerá impropia esta disquisición biográfica, y no lo es. Cuando hablamos del Protestantismo, la crítica menciona á Lutero; si del cisma de Oriente, á Focio; si de la Iglesia Anglicana, á Enrique VIII. ¿Qué mucho el ocuparse de esos prohombres, de los estadistas que hicieron y hacen hoy del liberalismo un culto y de la libertad una idea?—Respeto se debe á todos, mas, la voz de aquel heleno, único que en el senado de Roma maldijo la esclavitud de su patria, repercute en la historia, y en nuestros días, mal camino emprende la lucha herética para que el sacerdote calle y el temor de su juicio oculte la pluma. No y mil veces no. Como Tertuliano y Orígenes, como esa pléyade de héroes de la Iglesia, luchemos, y si en la lid nos busca el peligro, el sacerdote se debe á Dios que le invistió con las Sagradas órdenes.

Yo lamento que la libertad tal y como en filosofía se entiende; tal y como en derecho político significa, se confunda con el liberalismo. La libertad es el libre ejercicio del derecho y el libre cumplimiento del deber. No conozco, científicamente hablando, otro concepto, otra significación de la libertad: la tiranía es la opresión de las justas libertades. Así, el gobierno de Pisistrato en Atenas, tiranía era... ¿Y no es tiránico que el liberalismo ataque siempre á los derechos de la Iglesia? ¿Qué partido liberal hoy deja incólume el dogma, si se discute

desde la existencia de Dios hasta la infalibilidad dogmática del Pontífice? Triste es decir que la libertad política marche siempre en pugna con la libertad religiosa. El eterno conflicto entre las potestades temporal y espiritual se reproduce con sombríos tintes en las democracias modernas. De aquí el combate contra el clericalismo. En otras naciones no sucede lo que en Francia y en España. Libres son las repúblicas de América, y allí la religión vive con carácter de independencia. ¿Qué de Buenos Aires, qué de Méjico, qué del Brasil, qué del Uruguay, qué del Perú, qué del Ecuador, qué de los Estados Unidos?—No se toca allí el estribillo anticlerical como á diario aquí oímos. Conozco la prensa de aquellos países, y sus columnas no se consagran al sempiterno ludibrio contra la Iglesia Católica. En Francia y en España, no es liberal quién defiende al clero. Para ser católico hay que huir de esa clerofobia tremebunda: y cuantos partidos liberales desfilan por el palenque político, quién más, quién menos, los unos discuten el dogma y los derechos de la Iglesia; los otros escupen la venenosa baba contra la religión y sus ministros.

No ha mucho, el mundo diplomático conmovióse á la voz dulcísima de León XIII. Acaso ningún pontífice trató más á fondo las cuestiones sociales. Léanse las hermosas encíclicas suyas, y se admirarán los inimitables conceptos de la Cátedra romana. Nunca definióse mejor el socialismo cristiano, la libertad tal como debe ser entendida; y católicos y herejes, ortodoxos y heterodoxos, convinieron en que el inmortal Papa era el Sol de los ateneos y de las academias. León XIII sublimaba la verdad; razonaba la fe, definía el dogma, impugnaba el error, y lejos, muy lejos de banderías y de partidos, de personalidades y de comuniones, de conveniencias y de eufemismos, dió la voz de alarma á los gabinetes eu-

ropcos y al mundo todo. Cumplidas sus predicciones, Rusia se estremece; Alemania aguza su poderío; Inglaterra previene; el Oriente se agita; y en América cunde el temor. Ese *demos* desencauzado; esas muchedumbres ilusionadas; esos hombres revolucionarios que á la dinastía encomiendan sus programas; esas clases obreras que bullen en busca de lo imposible; ese furor de las armas... ¡Jamás! ¡Jamás viéronse cumplidos los temores de la verdad católica como en estos calamitosos días, acaso de suprema lucha!

Y circunscribiendo este estudio á España ¿Por qué se dividen los conceptos de libertad y de religión, cuando resultan, diré, hasta inseparables? ¿Qué daño causa á la libertad la idea religiosa, si la libertad cristiana que nos hace á todos hermanos, iguales, es indiscutible?

Pues en España los demagogos quieren libre á la Religión y la encierran en las catacumbas y en las obscuridades; quieren al cura, al sacerdote, á la enseñanza católica y abjuran de la fe. No es en la política, es en todo. ¿Qué diréis del teatro, del hermoso teatro español, el primero del mundo, hoy prostituído por la obscenidad y la lascivia. ¿Qué de la literatura dedicada á la profanación de lo bello? Ahí tenéis á Pérez Galdós cultivando la novela histórica; y poniendo en la escena el prosaísmo y la destrucción de la moral. Cuando considero que el autor de *Electra* ridiculiza la epopeya de Bailén con la figura de Don Luis de Santorcaz, y la gloria de Zaragoza con el tío Candiola; cuando tritura las cortes de Carlos IV y de Isabel II, y transforma la historia en novela de costumbres, ¡ay lectores queridos! si eso es meritorio; si así se escala la cumbre del genio, os contestaré que Pérez Galdós acudió al mercado para remover la basura y el estiércol con su peculiar estilo. No

así se abona la belleza, sino con el jugo de la moral y de la buena crítica.

¡Y tales hombres merecen hoy el dictado de inmortales!

Pues vamos á la prensa. Ni un solo periódico proclama y defiende la libertad política sin zaherir más ó menos embozadamente la Iglesia católica. Impugnan el culto externo, y lanzan á las calles y á los circos y á la cátedra el escándalo revolucionario. Pueden salir á la plaza pública miles de vocingleros á gritar proclamas, y se persigue á las procesiones. Se organizan círculos, donde se predica la muerte social, y pretenden cerrar los conventos y las iglesias, donde se halla la paz del alma. Se puede ser revolucionario, y se prohíbe el hacerse fraile. ¿Qué libertades son esas? No son sino el caos y la tiranía cruel del elemento antireligioso.

Así vivimos. Obscurecióse el día y las tinieblas avanzan. Esto no es progreso; es volver á las hecatombes del siglo v.

V

La lucha religiosa en España

Qué la tenemos no cabe dudarlo. Hasta hace poco el *statu quo* conllevaba la situación. Desde las guerras coloniales, el peligro arrecia.

¿No es una verdad que la regeneración política de un pueblo ha de buscarse en el fomento de su riqueza, en la moralización de las costumbres, en la cultura de los ciudadanos?

Pues en España no es así. Léanse los periódicos liberales, y antes que nada, según ellos, urge el problema religioso. Como si de la reforma religiosa saliesen bu-

ques de guerra para surcar los mares, ejército para la patria y recursos para el país. No se antepone la economía, no la industria, menos, la moralización; no; es necesario separar á la Iglesia del Estado, desterrar las órdenes monásticas, cohibir la libertad religiosa. Ahí está nuestro progreso; de ahí nuestra regeneración.

Yo pregunto: ¿Qué modo de raciocinar es ese?

Lo que hay, digámoslo de una vez, es el compromiso masónico de destruir, si posible fuera, toda idea religiosa. Combes lo ha iniciado en la República francesa, España tiene muchos *Combes*, verdaderos monos de imitación.

Joaquín Costa dijo, no ha mucho, que España era un país de eunucos. Y Costa, de clerical, de católico nada tiene. Yo integro la idea y digo, que España es un país que se pierde; por la desidia de los buenos y por la ignorancia y la molicie de los malos.

Decíame cierto día un alemán, que le causaba admiración el oír en la plaza y en la tertulia, la libertad escandalosa de la crítica contra todo poder constituido. *Los españoles son muy libres*, añadió. *Aquí se discute desde el Rey al último ciudadano con un desenfreno que en Alemania no se conoce.*

Tal es la costumbre, pero, aparte del pueblo francés, ningún otro de Europa, discute tanto y hace tan poco, como sucede en España. Aquí pretenden hacer ingenita á la sabiduría, y las ciencias sociales y las ciencias políticas, y la literatura y todas las ramas del saber humano se hallan al alcance de unos y otros; del académico y del obrero; del rufián y del hombre honrado. Hablan, discuten y escriben de lo que jamás estudian. La prensa española es la más desacreditada del mundo.

Tiemblo cuando oigo tratar del dogma y de la religión á esos periodistas y escritores, que nunca salieron

de la tertulia, del casino y hasta de la taberna. Preséntanse en la tribuna y peroran hombres analfabetos en el estudio. Los mismos que predicán la moral se encenagan en las bacanales y en las orgías, ó discuten la estocada de un torero en los circos, por más de que los toreros en nuestro país son los héroes populares y hasta los hombres de las influencias, á quienes saludan nuestros sabios con humildad y cariño. No ha tenido á menos Pérez Galdós el asistir á la boda de Machaquito, que si merece cual todo ciudadano las consideraciones comunes, es un luchador con fieras, más fiera que los toros sus enemigos. Pues así en este país se presenta la lucha religiosa entre los desplantes de la cátedra y las bufonadas del populacho, en medio de la desmoralización de las costumbres. La propaganda católica es deficiente. Los grandes rotativos son antirreligiosos. El dinero se retrae, y hasta los creyentes llamados á defender la inviolabilidad de la Iglesia, fían más en Dios que en sus medios, confiando á la Divina Providencia un triunfo á cuyo éxito debieran sacrificar cuanto tienen. Los apóstoles del catolicismo predicán entre fieles, y en la plaza pública se esconden. Las sociedades católicas se dedican á los suyos, y no cuentan que los fieles son fieles, y que los infieles no acuden á los círculos ortodoxos ni á los templos, donde bueno es alentar á los cristianos, pero más falta hace atraer á los incrédulos. No cabe duda de que los católicos españoles son muy retraídos; y, la verdad, no nos hallamos en el yermo ni en el cenobio. Los atletas de la fe debieran acudir al combate para realizar su misión sagrada. Que el sacerdote desde el púlpito censure á la impiedad, santo y bueno, pero tenga en cuenta que allí le oyen fieles, y los heterodoxos no acuden á la Iglesia.

La prensa católica se reparte á domicilio, en los círcu-



los y en las sacristías, y debiera concurrir al mercado público donde hace más falta. Todo el dinero que importa esa buena prensa no equivale al capital de dos tremendos rotativos que difunden la guerra á Dios, y lanzan los periódicos á millares por todos los ámbitos del país. Gastan más, mucho más, los pastores protestantes ó la secta luterana en nuestra Península, que la propaganda de las buenas lecturas. Y así vamos al precipicio. El sacerdote español también se retrae. Salimos de los Seminarios para cultivar la viña de Cristo, y no muy firmes en la virtud, menos en el estudio, nos lanzamos á la vida del ministerio, donde la lucha por la existencia nos absorbe, nos quita muchas horas que debiéramos dedicar á la apostolicidad y al estudio. Son contados los sacerdotes que escriben, y más contados los que bien predicán. La vida temporal usurpa momentos preciosos á la espiritual. Ciencia no nos falta, amor al trabajo, sí.

Si volvieran los tiempos del Calvario, muchos harían lo que hizo Pedro. Pocos, muy pocos llegarían, como San Juan, hasta la Cruz,

No discutamos tampoco la maldad de los católicos liberales. Constituyen una plaga roedora que donde abunda lastima el fruto. Acuden á los actos religiosos y á los más obscenos de la vida liberal. Esos son los ascenos de Roma.

Yo, pobre sacerdote, que no ha mucho visto el negro ropón, y hoy me veo ministro de Dios, me confundo ante el pavoroso porvenir de la Iglesia española. Los Leandros y los Isidros, San Vicente Ferrer, Santo Domingo y San Ignacio; un Borja, Laynez y tantos y tantísimos héroes de la cristiandad hispana, ¿qué hicieron, frente á los impíos? Me admira tamaña grandeza. Difundían la verdad ante las muchedumbres; pulveri-

zaban el error donde quiera que lo hallasen. Con el tosco sayal y la burda sotana entraron en los palacios y en las chozas; en las Universidades y en las plazas públicas; ni el temor de la muerte les imponía, ni la lucha religiosa les arredraba. Fueron falange invencible como la de Alejandro Magno en las llanuras de Arbelas. ¡Héroes, yo les venero!

El ascetismo, la soledad de la celda es hermosa, muy hermosa para el sacerdote contemplativo, mas no es nuestra misión permanecer siempre orando en el Huerto de las Olivas. Hemos de recorrer la ciudad de Dios, y llegar hasta el Gólgota. Así el Pontífice llora la incuria nuestra, y los amantes Prelados sienten débiles á las milicias de Cristo.

La multitud heterodoxa bulle en derredor del vello-cino de oro. Ebria de coraje, marcha como Saladino contra la ciudad de Dios. Y vendrá la catástrofe. Godofredo de Bouillón no aparece. Las mesnadas de la cruz no tienen caudillo. Y cuando Jerusalén sucumba, y sobre el capitolio de España ondee el pabellón masónico, y venga la barbarie anticlerical, y los monasterios se derrumben; cuando Covadonga se cierre y el Pilar oscile, y se oiga el clamor de las víctimas en la triste noche del Guadalete, finida la batalla; cuando los ejércitos del liberalismo heterodoxo proclamen la ley de su triunfo, caiga el rayo, las nubes se desaten, los buenos lloren, vencidos á las puertas de los templos profanados, entonces ¡Dios eterno! entonces caminaremos con el cilicio y la vergüenza por las sombras, por las catacumbas, impetrando de la misericordia del cielo mande á los españoles un nuevo Ignacio de Loyola, que de España quite la iniquidad de los réprobos.

VI

—¿Qué tal, hombre, qué tal? ¿Has estado en el Congreso ayer tarde?

—No había de estar y ¡vaya un triunfo, amigo, pero qué triunfo!

—¿La ley de Asociaciones, eh?

—Oí leer el proyecto, y, la verdad, auguro que ha de pasarse como la seda.

—Sí, ¡como la seda! No es mala seda la que nos preparan esos liberales. ¿No comprendes que todo eso es farsa y más que farsa? En cambio, los presupuestos se parecen al *pote* de Galicia; mucho unto, muchas cosas, y mal olor, amigo mío.

—¡Es claro! Vosotros los de la lana, ¿qué vais á decir? Pues, chico, López Domínguez y Romanones han puesto la puntilla á Roma...

—¡Natural! Con un embajador en el Vaticano como Ojeda que conforme á su apellido, *debe tener mucho ojo*...

—¡Qué Ojeda ni que ocho cuartos!—Romanones toma la cosa por suya, y el clericalismo se acaba, concluye... ¡es un cadáver!... Precisa regenerarnos. ¿No ves Francia? En un periquete, Combes primero, Clemenceau ahora, han anulado la influencia clerical. España es un país de brutos fanáticos, y si los liberales continúan en el poder, *cosas veredes*, amigo mío.

—Pues, chico, no me convences. Esos brutos fanáticos, como tú dices fueron los héroes de otros tiempos. En decir *verdades de á puño* no me ganas. Los *brutos fanáticos* del siglo XVI y del XVII dominaban el mundo, nuestros tercios eran invencibles; nuestros poetas, los primeros; nuestros sabios los más sabios. Hoy el mundo juega con nosotros. Buena la han hecho los liberales.

Los mercados perdidos; la industria, idem; sin buques, sin buen ejército, sin preponderancia, con lo de Cuba y Filipinas... ¡buena, buena! ¡Casi estoy por cantar el *trágala* porque en eso del *trágala* el liberalismo nos ha hecho tragar... Vamos, hombre, vete con Romanones al Congreso, á donde quieras, á vocinglear y déjame tranquilo.

—Yo no discuto con brutos como tú. Hueles á sacristía, y no quiero.

—Adiós, Diógenes.

—Adiós, San Agustín.

Así hablaban dos paisanos frente al ministerio de la Gobernación. Dialoguito oído *al vuelo*, me resultó sabroso.

¡El *Heraldo*! ¡El *Heraaaaldo*! gritaban los chiquillos y compré el *Heraldo de Madrid*, para saborear un poco la salsa del guisado liberal y el plato del día, *Canalejas*.

Primer artículo. *La ley de Asociaciones*. ¡Ya la tenemos!—díjeme—y dí comienzo á mi lectura. ¡Oh Francos Rodríguez! Te conozco el estilo. No sé si á los redactores del *Heraldo* les han sometido á la conjura, ó comen albondiguillas á la Marsellesa. Lo que sí sé que diariamente ese periódico destila baba anticlerical con odio que se descubre á simple vista. Probadas tiene sus aficiones al *pisto manchego*. En común consorcio con la aristocracia, pisa las alfombras de los palacios donde, á decir verdad, el clero impera con su suave autoridad cristiana. Amigo de la gente *toreril*, llena sus columnas revisteras con cuantas descripciones taurinas se ofrecen. Tiene *teólogos* que hablan de Dios, y le discuten. Hacendistas más ilustres que Pitt, y diplomáticos más insignes que Bismarck. El *Heraldo* es una *enciclopedia*. Ningún rotativo ha tratado y compuesto mejores himnos á la proyectada ley de Asociaciones, y no hay rama



del saber humano que no pretenda dominar con perfección absoluta.

¿Qué significa la ley de asociaciones? Un pasito más a la lucha religiosa; el toque de atención que nos llama al combate. Su objeto es anular las órdenes religiosas, secularizarlas, inficionando el ambiente purísimo del retiro espiritual con el hálito del poder civil.

Yo trataría de la ley de asociaciones, con gusto, en el terreno científico y en el religioso. No es conveniente que lo haga. Soy un pobre sacerdote, y cuando el Obispo de Tuy y los Prelados han salido ya al encuentro del enemigo, yo marchó tras de ellos como ministro auxiliar, en calidad de escudero. Yo en esta tremenda lid, ofrézcoles hasta mi vida y escondo mi pluma, que donde el Prelado habla, el humilde presbítero obedece y rinde su saber.

No creo, sin embargo, que la obediencia y la humildad, me veden consideraciones generales.

Esta ley es un compromiso obligado por los partidos liberales, á su advenimiento al poder. La masonería universal así lo decretó, y en París comenzóse lo que el liberalismo español ha de imitar. No abonado el terreno de la Península para una separación entre los poderes civil y religioso, se empieza preparándolo, por si mañana cabe conseguir lo que hoy no es dable hacer.

Pero esos políticos liberales *no cuentan con el huésped*. Mucho de malo hay en España; la úlcera social es intensísima, mas, algo queda de bueno. El catolicismo español no muere todavía. Dios permite que el amor á su Providencia aun se cante en este país desgraciado. Y el católico español no es pacífico. Quedan en esas grandes urbes, en los pueblos y en las montañas, ilustres descendientes de aquellos que supieron morir por la fe, y los hijos heredaron la valentía y la virtud de sus padres.

Y los católicos se cansan de sufrir. Que prosigan los impíos sus maldades, pero no les molesten con tantas y tantas tropelías. La Iglesia, llena de caridad, les contiene como Pío IX contuvo á sus soldados. Si un día no escuchase el pueblo ortodoxo las exhortaciones del ministro de Dios, la lucha armada fuera la última de las desdichas. Los tiempos de la Vendée serían horrorosos en España.

Unase á tanto infortunio el malestar de la clase obrera. Los falsos apóstoles del proletariado la embaucan con sueños imposibles de realizar. El capital y el trabajo se divorcian, y los obreros ilusos siguen al vello-cino de la malhadada emancipación, como sigue la tórtola al reclamo. El patrono se asusta ante la comunidad de los obreros rebeldes, porque no le es dable ofrecer sus exigüos caudales á las contingencias de lo porvenir.

Los trabajadores forman la gran masa de explotación. Huyen del dominio del capital, y entran en la red y en la esclavitud de los socialistas y ácratas profesionales. El día del motín y de la lucha, son los destinados á la prisión y al hospital. Acuden á los círculos y á la prensa, y la prensa y los círculos les engañan. Sus apóstoles viven con el soborno de esos infelices.

De aquí que la propaganda socialista y ácrata obrera constituya otro peligro, quizás el mayor, en el turbado horizonte de la España moribunda.



CONCLUSIÓN

No fué mi propósito dar extensos límites á REALIDADES.

¡Con cuánta amargura llego, lectores queridos, al término de este improvisado estudio! Dirijo mi vista al pasado, y tengo miedo á este siglo. Juzgo cual será lo porvenir, y creo muy cercano el desenlace del tremendo drama social. Los que hoy vienen á esta tierra de desdicha: los que niños hoy, hombres mañana, lleguen al atardecer de los actuales tiempos, podrán, sí, adorar á la Iglesia triunfante después de su costosísima peregrinación por el desierto. Nosotros, ¿quién sería capaz de predecirlo?

Y del sacerdocio ¿qué? ¡Ay amados lectores! ¡Oid, ministros de Dios la amorosísima palabra del piadoso Pontífice Pío XI! Dejad el retiro, la vida muelle, las comodidades del mundo, que el sueño ha terminado y la vigilia empieza. Con la voz y con la pluma; con la virtud y el ejemplo; con el estudio y el entusiasmo ortodoxo, acudid á las milicias de Cristo. Débil la prensa católica, fortalezcámosla. Pobre la sagrada cátedra, imitemos á San Juan Crisóstomo. Invasión por el error la plaza pública, óigase en ella la verdad inmortal. Id, hermanos míos, por esas ciudades, por esos campos, yermos de virtud y de fe, en busca de almas perdidas, y donde veáis la cizaña, arrancadla para que el fruto prevalezca. Recordad á Jesús, el Divino Maestro, y no desmayéis á la vista del Calvario.

Porque, lectores míos, leo, estudio, medito, y la España liberal heterodoxa se presenta imponente. «*Es preciso, urge europeizarnos*» dicen los enemigos de la Igle-

sia, y este neológico verbo me asusta. Estamos en lid con la más impúdica masonería.

El sacerdote ha de moralizar las costumbres; no enseñando á los que saben, y sí á los infelices que ignoran. El descoco y atrevimiento de los sicarios de la impiedad llegan á los dinteles de la escuela católica, donde se reparten proclamas incentivadas á los pobres niños. Y el Gobierno contesta que tales proclamas constituyen el ejercicio de un derecho constitucional. Se escarnece al dogma públicamente, y los Poderes dicen que el dogma admite discusión. Se insulta á las procesiones católicas, y la autoridad civil las retira en aras del orden público. Se destruye la unidad canónica en el sacramento del matrimonio con la ley del matrimonio civil, un concubinato definido. Y así todo. ¿Qué progreso buscáis, hombres infames, perturbando la paz de las conciencias?

Voy á cerrar estas páginas doloridas con un desahogo de tristeza.

«Sólo la civilización cristiana podrá conquistar el Africa» dijo el gran Stanley á la Academia de Berlín no há muchos años. Yo parodio estas frases del insigne explorador alemán y digo. Que únicamente la doctrina de la Iglesia Católica ha de salvar al mundo. Dígallo la paz armada que sostiene á las naciones en pie de guerra como si Atila asomase por el Oriente, en contrariedad con los hermosos principios de la Religión que enseñan la paz y el amor entre todos los hombres. Dígallo la bestia anarquista que destroza á Rusia; que amenaza al Occidente de Europa; que abre el sepulcro á víctimas inocentes, y siembra el exterminio por doquiera que camina. Dígallo la cátedra socialista, mil veces peor que la peste negra, con esas terribles enseñanzas de odio al capital y á los poderes constituidos. Dígallo Europa, donde las sociedades políticas se suicidan lejos de Dios,

en el caos de sus errores. Dígalo América, donde la lucha de razas forma triste parangón con un progreso increíble hacia la existencia material sin los frenos del espíritu. Dígalo la sociedad rota, la familia deshecha, la amistad especulada, y dígalo, por último, la emancipación de la idea religiosa, dando al hombre el poder soberano, como si el hombre no dependiese de las verdades eternas que le dieron calor y vida.

No faltan políticos y sabios filósofos que temen á lo porvenir, y previenen sus contingencias. Ahí tenéis al Kaiser dando abrigo á las congregaciones católicas, únicas que con su predicación y su ejemplo pueden contener el simoun de la demagogia desbordada. Inglaterra, que reprime el anarquismo; Francia que sostiene gastos inauditos adornándose con buques y cañones, con ejércitos numerosos, ella, la república de la fraternidad y de los avances, enseñando sus podredumbres tras de millones de bayonetas. Dígalo Italia, la reina del arte, que agoniza bajo gravosos presupuestos, y se adorna con las galas de libertades escandalosas, y no se atreve á invadir el Vaticano de donde irradia el amor á la humanidad y la verdadera sabiduría. Los Estados Unidos, donde el clero católico florece difundiendo sus esplendores, como dique al desbordamiento de las costumbres.

Y de España, la nación pobre, sin recursos, que pasea por el continente europeo y por el mundo todo, los andrajos de su antigua hegemonía, ¿qué diremos? Que estamos tan débiles de poderío como de hombres capaces para gobernar la cosa pública. Y por el camino hoy abierto, entra en la órbita de su total ruina.

Por una metamorfosis histórica, explicable en el desarrollo del liberalismo, hoy la inquisición liberal nos *corroe hasta la médula de nuestros huesos*. Cuanto respecto á este punto pudiéramos añadir, queda dicho en ante-

riores páginas. Del poder religioso se ha ido al poder despótico, mil veces más absoluto que el de los reyes asiáticos. Y esta nación muere como muere todo aquello que no tiene vida.

He dicho que España aun tiene elementos capaces de regeneración; que mucho de malo hay, y queda todavía algo de aceptable y de bueno.

¿Qué hacer en los actuales conflictos? Mucha prudencia; no excitar los encendidos ánimos de quienes ven llegados otra vez los tiempos de las Cruzadas. Los Obispos españoles se aprestan á rendir el tributo de su sabiduría ante los altares de Dios, y ellos son los caudillos que dirigen á las huestes del Señor. Ellos los que oyen la voz del glorioso Pontífice, y ellos los que han de mandar. ¿Nosotros? Obedecer. Nada de arrogancias; callar y hacer cuanto nos fuere ordenado. Pero ejercitémonos en la humildad cristiana; en el estudio para vencer á los hombres de la falsa ciencia; en la virtud para confundir al vicio; en la oración para desagrar á Dios. La misión del sacerdote es sublime. Nunca como ahora, se debe á las pobres gentes que caen alucinadas por ideas de destrucción y de inmoralidad notorias.

Yo he escrito REALIDADES deseoso de dar mi pobre fruto recolectado en la observancia de lo que en mi rededor veo. He hablado claro, porque las doctrinas religiosas requieren las austeridades de la verdad. Frente al liberalismo que me mira con ojos de tigre, contesto como ministro del Altísimo, y no me espanta el odio de los réprobos. No pido al mundo nada. Dios que cuida del último pajarillo, no deja á sus hijos. Ayer la juventud me sonreía en las aulas del Seminario conquense, y nunca miré á la juventud, á la primavera de mi vida, sino como sendero que iba conduciéndome á la edad de las desilusiones y de los desengaños. Desde los altares de



Dios miro á mi querida España empobrecida y fluctuando entre los embates de la revolución. Habría de ser ingrato para no dar á la lucha religiosa en defensa de la fe cristiana, el esfuerzo de estudios que con ahinco hago en la soledad de mi vida.

¡Y la mies es mucha! Aun podemos reaccionar á España. Débil su organismo, admite los recursos de la virtud y de la ciencia.

Creo que María Inmaculada ha de abrir á la misericordia de Dios esta nación cuya grandeza hunden en el polvo los sectarios.

Si esta esperanza no me animase; si en la noche de la fe, viese de continuo sus tristes sombras, pediría á otro Dante que escribiese un nuevo Infierno con el liberalismo español, plaga de desdichas, manantial de malas ideas.

Y doy fin á *Realidades*. En mi amor á la Virgen Santísima escribí este folleto, para que los resplandores de su misericordia nos iluminen á todos.

Léanlo los Prelados españoles con amorosa indulgencia, y tengan á su humilde autor como al último de los ministros de Dios, en sabiduría y en virtudes, y como al primero en el sacrificio.

Cuando la piedad de mi Prelado me invistió los Sagrados órdenes, recordé de rodillas ante Dios, las primeras palabras que oí de mi amorosa y bendita madre. ¡Hijo mío! Sé muy bueno, que la Virgen te querrá mucho. Y aquella buena mujer signó mi frente con la señal del cristiano, la Santa Cruz.

Por fortuna, no olvidé jamás que la Cruz era mi destino. Y á la Cruz me debo, que si mi madre desde la bienaventuranza beatífica mis palabras oye, yo la digo desde lo más recóndito de mi corazón:

¡Madre mía! Soy sacerdote; la Cruz cuyo signo her-

moso sellaste tantísimas veces en la frente de este hijo tuyo, sobre mi pecho se descubre; si por ella y en ella hubiere de perder la vida temporal, ofrezco á Dios el sacrificio de mi vida. Tú me enseñaste á ser cristiano, y en defensa de Dios y de su Iglesia Santa, publico *Realidades*, porque realidad muy triste es que los tiempos del Gólgota se aproximan, y yo quisiera morir abrazado á la Cruz de mi Señor.

A. M. D. G.





